

Predictores psicosociales del comportamiento sexual

Georgina García Rodríguez¹

Rolando Díaz Loving

Unidad de Investigaciones Psicosociales
Universidad Nacional Autónoma de México

Resumen

Desde un abordaje psicosocial, que subraya el papel de los aspectos motivacionales e interpersonales como reguladores del comportamiento humano, este trabajo pretende probar un modelo para predecir la conducta sexual en una muestra de adultos en un contexto urbano de México. En la investigación participaron 209 adultos (63% mujeres y 37% varones), quienes respondieron una serie de instrumentos de autoreporte. Para cada dimensión de la conducta sexual evaluada, se llevaron a cabo análisis de regresión múltiple, utilizando el método jerárquico. Los resultados muestran que a) la motivación sexual física y el amor consumado (amistoso y erótico) predicen de manera confiable la frecuencia con la que las personas practican el *contacto físico* (no genital) y la *seducción*; b) la motivación sexual física, el apego inseguro (miedoso, preocupado y rechazante), el amor consumado, el amor lúdico y la orientación sociosexual predicen la frecuencia con que se tiene *contacto sexual*; c) el amor consumado, el amor pragmático, el amor lúdico y la orientación sociosexual predice el frecuencia con la que se practica el *autoerotismo*; y d) la motivación sexual física, la motivación sexual emocional y la orientación sociosexual lograron predecir el *número de parejas sexuales* que se han tenido a lo largo de la vida. Los hallazgos de esta investigación permiten afirmar que la diversidad de motivos sexuales subyacen y pueden explicar la variabilidad del comportamiento sexual (Browning et al., 2000), de la misma manera que las formas de interacción afectiva tienen el poder de regularlo (Peña Sánchez, 2003). *Palabras clave:* comportamiento sexual, predicción, motivación sexual, amor, apego, sociosexualidad.

Psychosocial predictors of sexual behavior

Abstract

From a psychosocial perspective, that privileges the regulative role of motivational and interpersonal factors in human behavior, this paper was aimed to prove a predictive model for sexual behavior. The research was carried out with a sample of 209 adults (63% female and 37% male) in an urban context in Mexico; participants responded several self-report measures. In order to predict the frequency of five sexual practices and the number of life-time sexual partners, regression analysis (hierarchical method) were carried out. Data shows: a) *physical contact* (non-genital) and *seduction* are reliably predicted by physical sexual motivation and consummated love (erotic and friendly); b) *sexual interaction* is predicted by physical sexual motivation, insecure attachment (fearful, preoccupied and avoidant), consummated love, ludic love and sociosexual orientation; c) *self-eroticism* is predicted by consummated love, pragmatic love, ludic love and sociosexual orientation; and d) the *number of life-time sexual partners* is predicted by physical sexual motivation, emotional sexual motivation and sociosexual orientation. Findings suggest that the diversity of sexual motives underlie and could explain sexual behavior (Browning et al., 2000); additionally, affective interaction aspects demonstrated to play a powerful role in sexual behavior regulation (Peña Sánchez, 2003).

Keywords: sexual behavior, prediction, sexual motivation, love, attachment, sociosexual orientation

Más allá de sus bases biológicas, la sexualidad -en general- y el comportamiento sexual -en particular- son un producto social que surge de las prácticas sociales, las pautas culturales y la agencia personal, lo que genera una gran diversidad de patrones sexuales

individuales y culturales, que se plasman en formas variadas, flexibles y fluidas de experimentar la vida sexual (Weeks, 2003). En las últimas décadas, las ciencias sociales han encaminado sus esfuerzos a identificar los aspectos que explican y regulan el comportamiento sexual de las personas, y -como un paso adelante-, que pueden llegar a predecirlo, a fin de diseñar intervenciones que promuevan la salud sexual, tanto de los individuos como de las comunidades.

¹ Ayudante de profesor en el Postgrado de la facultad de psicología de la UNAM e investigadora en el Instituto Mexicano de Investigación en familia y población (IMIFAP). Email: gina_tzotzil@hotmail.com

La investigación en el ámbito del comportamiento sexual, ha adolecido de la falta de creación y validación de modelos que lo expliquen e identifiquen sus correlatos (Byers, 2005; Weiss, 1998). Respondiendo a esta necesidad, el presente trabajo se centra en el desarrollo de un modelo para predecir el comportamiento sexual de hombres y mujeres adultos, y su validación empírica en un contexto urbano de México. El carácter multidimensional de la conducta sexual, hace necesario que para entenderla se contemplen aspectos alusivos a la persona, aspectos de la interacción diádica y de las condiciones relacionales, y aspectos relativos a las fuerzas sociales que la moldean (Sprecher, Christopher y Cate, 2006). Desde un abordaje psicosocial, es decir, que enfatiza la contribución de lo individual y lo interpersonal, este modelo incluye la motivación sexual como variable psicológica, así como las variables interpersonales de apego, amor y sociosexualidad a fin de explicar el comportamiento sexual.

A diferencia de otras especies animales, en las que los patrones sexuales están claramente definidos y tienden a ser uniformes -ya que están determinados por los ciclos hormonales y encaminados fundamentalmente a la reproducción-, la sexualidad humana es está sujeta a enormes variaciones individuales pues tiene diversos fines: la búsqueda de placer; la afirmación de la propia identidad; la expresión de ternura y afecto; la formación, fortalecimiento y mantenimiento de vínculos interpersonales; la procreación. Los aspectos subjetivos del comportamiento sexual, entre los que destacan el deseo y la motivación sexual, son parte fundamental de algunos de los modelos explicativos de la sexualidad humana (McKinlay y Feldman, 1992). Como señalan Browning, Hatfiel, Kessler y Levine (2000, p. 135), el “conocimiento de los motivos sexuales es importante para entender y predecir la conducta sexual”. Dado que existe evidencia que señala que buena parte de las diferencias individuales en el terreno de lo sexual pueden explicarse por aspectos de la motivación o el interés sexual (Browning et al., 2000; Hill y Preston, 1996), en esta investigación la motivación sexual se incluyó como antecedente funcional de la conducta sexual.

Por tratarse de un fenómeno predominantemente social (Gagnon, Giami y Michaels, 2001) o colectivo (Peña Sánchez, 1993), los factores interpersonales juegan un papel medular en la forma, dinámica y regulación del comportamiento sexual (Álvarez Gayou, 1986; González Núñez, 1998). Por ello, resulta de especial interés incluir en su estudio variables que den cuenta de la forma en que las personas se vinculan afectivamente e interactúan con los demás. En este caso se eligieron variables alusivas a tres escenarios o contextos interpersonales: 1) la relación con los cuidadores primarios: estilos de apego; 2) la relación con

la pareja: estilos de amor; y 3) la interacción sexual: orientación sociosexual; en conjunto se postula que estas variables actúan como antecedentes relacionales más distantes de la conducta sexual.

La motivación actúa como el detonante de la actividad humana en general y de la actividad sexual en particular. El deseo sexual es experimentado en todos los seres humanos, de manera periódica y a lo largo de las diferentes etapas de la vida (Levine, 2002). La motivación sexual tiene sus bases biológicas en la capacidad innata de respuesta sexual, la cual se mantiene y extiende a través de las experiencias que involucran excitación y goce sexual, haciendo posible que el comportamiento sexual surja y se mantenga (Giraldo, 1985). La motivación sexual representa la experiencia psicológica subjetiva relacionada con el deseo, la necesidad o el interés en objetos o experiencias sexuales (Regan, 1998), lo cual puede llevar a la persona a buscar y/o ser receptivo a ciertos objetos, así como a participar en experiencias sexuales (DeLameter y Sill, 2005). A diferencia del comportamiento sexual —el cual supone acciones o prácticas que pueden constatare-, la motivación sexual es un fenómeno que tiene lugar en la el mundo subjetivo y privado de la persona (Levine, 2002).

Más allá del impulso sexual biológico, las personas experimentan motivación sexual como producto de la interrelación entre factores ambientales (externos) y psicológicos (internos), que se conjuntan de manera única en cada persona y situación en el contexto de su cultura, y sientan las bases para lo que potencialmente puede expresarse en forma de conductas sexuales. Cabe señalar que para poder elicitar el deseo sexual, los estímulos requieren que el individuo les atribuya un significado sexual (Jackson, 1978), es decir, por sí mismos los estímulos no constituyen motivadores del comportamiento sexual.

En cuanto a los aspectos psicológicos, las personas experimentan diferentes disposiciones que las llevan a sentirse sexualmente motivadas, es decir, que las llevan a buscar y/o participar en actividades sexuales: a) obtener gratificación física o placer sexual para sí mismas, y dar placer sexual a su pareja; b) aliviar el estrés; c) expresar el poder propio y sentir el poder de la pareja (conquistar y ser conquistado, dominar y someterse); d) sentirse valorado por la pareja y mostrar que la pareja es valiosa para uno (reconocimiento); e) nutrir emocionalmente a la pareja (expresar amor y compromiso); f) procrear (Hill y Preston, 1996); g) iniciar y mantener relaciones de pareja (Birnbbaum y Gillath, 2006, en Gillath et al., 2008); h) y conformarse a la presión social (pares, valores y normas) (Browning et al., 2000). De manera consistente, la evidencia empírica indica que los motivos de gratificación

física, conquista (Asensio, 2000; Chritchlow, 1989; Levine, 2002; Navarro, Carrasco, Sánchez y Torrico, 2004) y conformidad (Browning et al., 2000) son más poderosos para los hombres, mientras que los motivos relacionados con la afectividad y la rendición son más relevantes para las mujeres (Asensio, 2000; Chritchlow, 1989; Levine, 2002; Navarro, Carrasco, Sánchez y Torrico, 2004; Nelson, 1978, en Browning, 2000). Las diferencias que existen entre los sexos en cuanto al tipo de motivos sexuales y/o a la relevancia que se les otorga, puede explicarse en el marco de la identidad de género, la cual –como señala Jackson (1978, p. 47)– provee el marco de referencia en el que la sexualidad es aprendida, lo que conduce a hombres y mujeres a ser sexuales de manera distinta, a actuar diferentes roles y a utilizar diferentes “vocabularios de motivos”.

El deseo sexual por sí mismo no produce la conducta sexual, ya que es necesario que la persona –con base en su experiencia de vida, el contexto relacional y las prescripciones socioculturales– define cierta situación como aquella en la que el comportamiento sexual es potencialmente viable y apropiado (Jackson, 1978). Aunque no existe un vínculo determinista entre la motivación y la conducta (Jackson, 1978), empíricamente se ha encontrado que la motivación o el interés sexual, se asocia a variaciones en el comportamiento sexual, tales como la frecuencia de las relaciones sexuales, el número de parejas sexuales, la incidencia de relaciones extramaritales, y el uso de medidas contraceptivas y/o de protección (Hill y Preston, 1996).

Se ha encontrado que el placer y el amor como motivos sexuales, están asociados positivamente a la frecuencia de las relaciones sexuales. Asimismo, el placer (en ambos sexos) y el amor (sólo en las mujeres) se relacionan también con la frecuencia de la iniciación del encuentro sexual, es decir, con tomar la iniciativa (Nelson, 1978, en Browning et al., 2000). Si se trata de predecir la frecuencia con la que se practica el sexo, el placer es su mejor predictor (Leigh, 1989, en Browning et al., 2000). Con respecto a los factores que merman la motivación sexual y –en consecuencia– hacen menos probable que la persona se implique en prácticas sexuales, destacan el temor al rechazo, el miedo al SIDA y a otras infecciones de transmisión sexual, el miedo al embarazo, la insatisfacción con la vida sexual y la falta de interés por parte de la pareja (Chritchlow, 1989).

Los seres humanos contamos con una fuerte propensión a formar vínculos afectivos con otras personas a lo largo de toda la vida. Durante las etapas tempranas del desarrollo, este sistema innato de vinculación mantiene a los cuidadores en proximidad cercana con sus hijos en condiciones de necesidad a fin de protegerlos de la amenaza o el peligro, y aliviarlos de la aflicción (Bowlby, 1973, en Bogaert y Sadava, 2002). Dependi-

endo del tipo de cuidado brindado por la madre y/o el padre, los infantes establecerán un particular estilo de apego primario que además contribuye a la formación de representaciones mentales (positivas o negativas) de sí mismo y los demás. Shaver y Makulicer (2006) explican que la interacción con figuras de apego que están disponibles y responden en momentos de necesidad, promueven una sensación de seguridad –basada en la expectativa de que las personas importantes estarán disponibles y brindarán apoyo– que favorece la búsqueda de proximidad, dando lugar a la formación de modelos mentales positivos. Cuando las figuras de apego no están disponibles de manera confiable y no brindan apoyo cuando se les necesita, no se desarrolla la sensación de seguridad y se forman modelos negativos sobre uno mismo y los demás, lo que obstaculiza la búsqueda de proximidad y pone en marcha estrategias de regulación afectiva.

Los modelos de apego aprendidos en las relaciones tempranas se van ampliando y complejizando con el paso del tiempo, pero tienden a permanecer y reproducirse en las experiencias relacionales en la vida adulta (Bogaert y Sadava, 2002; Rosenzvaig, 1994), especialmente en las relaciones románticas pues la pareja representa la principal figura de apego en la adultez, convirtiéndose en una fuente crucial de apoyo, alivio y seguridad (Zeifman y Hazan, 2000, en Shaver y Mikulnicer, 2006). El sistema de apego primario se activa fuertemente durante la interacción de pareja, sobretodo en situaciones de separación o pérdida (Shaver y Mikulnicer, 2006). Los infantes y los adultos enamorados comparten una serie de reacciones ante las figuras de apego –el cuidador y la pareja, respectivamente–: intensa fascinación con ellas, esfuerzos por mantener la proximidad y compartir actividades, y malestar ante la separación (Hazan y Shaver, 1987).

Bartholomew y Horowitz (1991) desarrollaron y validaron un modelo de apego adulto a partir de la combinación de la imagen personal (positiva o negativa) y de la imagen de los demás (positiva o negativa) que da lugar a cuatro prototipos o categorías. En el terreno de las relaciones de pareja, las personas con un estilo de apego seguro se sienten seguros y confiados en la intimidad, desarrollan cercanía con los demás fácilmente, tienden a sentirse estables y comprometidos en sus relaciones, y rara vez se preocupan de ser abandonados. Las personas evitantes son emocionalmente distantes y se sienten incómodos en la intimidad o cuando alguien se les acerca demasiado, y tienen dificultades para confiar y depender de otro. Las personas con apego ansioso-ambivalente tienden a establecer relaciones altamente dependientes y conflictivas, perciben que los demás se resisten a tener cercanía e intimidad con ellos, no confían en los otros, y se preocupan de que

su pareja no los ame y los pueda abandonar (Bogaert y Sadava, 2002).

A pesar de ser sistemas motivacionales distintos, el apego y la sexualidad se vinculan en el curso del desarrollo individual (Diamond y Marrone, 2003) en el contexto de las relaciones íntimas (Bogaert y Sadava, 2002). Los vínculos en las relaciones de pareja se energizan en gran parte por la atracción y la conducta sexual que, además de servir a fines reproductivos (Lovejoy, 198, en Bogaert y Sadava, 2002), contribuyen al desarrollo de intimidad, cercanía y cohesión entre los miembros de la diada (Fisher, 1992). Se sabe que durante el sexo -principalmente en el preludio sexual, en el coito y en el orgasmo (Fillipi et al., 2003, en Gillath, Mikulincer, Birnbaum y Shaver, 2008)- se segregan las llamadas hormonas de la satisfacción: vasopresina y oxitocina (Damasio, 1994, en Fisher, 2004) que están asociadas a los sentimientos de apego (Fisher, 2004). Estas sustancias químicas contribuyen a la “sensación de fusión, de cercanía y de apego que se siente después de haber disfrutado de un agradable encuentro sexual” (Fisher, 2004, p. 110). A largo plazo, estos sentimientos positivos se asocian a una determinada persona y relación, propiciando que se desee tener más actividad sexual con dicha persona en el futuro, y contribuyendo al deseo de estar con ella y al mantenimiento del vínculo (Gillath, et al., 2008).

Los patrones de apego tempranos influyen sobre diversos aspectos de la conducta sexual, entre los que destacan la habilidad de mantener una vida sexual con frecuencia y regularidad, el estilo que se despliega durante la actividad sexual -que varía según se incluyan diversos grados de juego, creatividad, mutualidad, afecto, respeto y preocupación-, la capacidad de alcanzar satisfacción orgásmica recíproca, los sentimientos, fantasías y pensamientos que se experimentan durante la interacción sexual, la práctica de la masturbación, y el ejercicio de prácticas sexuales atípicas (Diamond y Marrone, 2003). Los estilos de apego se relacionan también con indicadores de la orientación sociosexual (grado de restricción-promiscuidad), tales como la edad del debut sexual, el sexo casual, el número de parejas sexuales y la sexualidad extra-diádica (Bogaert y Sadava, 2002).

En suma, puede decirse que dado que las personas seguras tienen esquemas mentales positivos de sí mismas y de los demás, se facilita que se sientan atractivas sexualmente hablando y sean consideradas atractivas por los demás, lo que en consecuencia promueve que busquen oportunidades para el encuentro sexual y tengan actividad sexual de manera regular, en la que integran el goce y la satisfacción sexual con los aspectos emocionales de afecto, intimidad, cuidado, reciprocidad y compromiso. En cambio, la búsqueda y

consumación eróticas se dificultan cuando la persona carece de seguridad al vincularse (ya sea por ansiedad, miedo o evitación) y cuando tiene esquemas mentales negativos de sí mismo y de los demás que le impiden buscar a un compañero(a) sexual y entregarse al encuentro erótico.

A través de la historia de la humanidad y de las culturas, el amor romántico ha sido considerado la necesidad humana más importante de todas (Montagu, 1970) y el sentimiento más profundo y significativo (Rubin, 1970). El amor se ha vuelto la razón principal para elegir a alguien como pareja romántica-sexual y el ingrediente principal de las relaciones íntimas, sin el cual las relaciones no serían viables a largo plazo; estas connotaciones han convertido al amor romántico en un asunto de elección y autorealización personal (Luhmann, 1986, en Weeks, 2000). El amor romántico constituye un factor clave en la calidad de vida en general, siendo fuente de los más grandes gozos y de los problemas más severos (Aron, Fisher y Strong, 2006), lo que lo erige como un ingrediente vital en la vida privada y social de las personas (Weeks, 2000).

El fenómeno del amor ha sido estudiado científicamente desde variadas aproximaciones teóricas y metodológicas. Con base en un enfoque conceptual-inductivo de la personalidad (Tzeng, 1992), Lee (1977) desarrolla su teoría de los estilos de amor, los cuales define como la forma personal y social de concebir y manifestar el amor hacia la pareja. Para este autor los estilos de amor se adquieren a través de la experiencia y no son estáticos, ya que varían en una misma persona a lo largo de la vida y de una persona a otra. Cada estilo de amor refleja la ideología particular que una persona tiene sobre el amor, conformando formas, características y metas únicas y diversas. De esta manera, los estilos de amor guían las actitudes y comportamientos hacia los que se ama y las experiencias que se viven (Frey y Hojjat, 1998) al interior de la relación de pareja. Lee (1977) propone tres estilos de amor primarios: erótico, lúdico y amistoso, y tres secundarios: maniaco, pragmático y agápico (que surgen de la combinación de los anteriores).

Por un lado, las relaciones de pareja y los vínculos afectivos proveen la oportunidad de implicarse en actividades sexuales, de aparearse e incluso reproducirse, ya que la presencia de sentimientos y afectos entre las personas tienen la capacidad de atraerlos sexualmente hablando y favorecer la interacción sexual (Regan, 2000). La percepción de las emociones y estados afectivos propios, moviliza y dirige los recursos personales para facilitar u obstaculizar la gratificación sexual; de esta manera, las emociones positivas como el interés, la alegría y la plenitud asociados al amor favorecen la interacción sexual, mientras que las emociones

negativas como el asco, la rabia y la culpa, la inhiben (Buck, 1988, en Reeve, 1994). Desde esta perspectiva, la interacción sexual es vista como dependiente de la intimidad, la cohesión y el compromiso que caracterizan al amor (Beach y Tesser, 1988, en Tzeng, 1992). Por otro lado, dado que la relación sexual supone un acercamiento físico y psíquico muy intenso, la actividad sexual favorece la cercanía física y emocional entre las personas (Fisher, 1992), propiciando sentimientos y afectos de atracción, apego, confianza, intimidad y afecto, lo que podría sentar las bases del amor y de una relación romántica. Desde este punto de vista, la conducta sexual sirve para vincular al individuo con los demás a través del placer y/o del afecto (Fisher, 1992; Regan, 2000), constituyendo una de las máximas expresiones de las necesidades de contacto y afiliación.

Ahora bien, el tipo de amor que una persona despliega puede llevarla a involucrarse en diferentes formas de actividad sexual. Los estilos de amor amistoso, erótico, pragmático, maníaco y agápico se relacionan de manera positiva con un estilo o guión sexual orientado hacia la intimidad, mientras que el estilo de amor lúdico se asocia de manera negativa con dicho estilo sexual (Frey y Hojjat, 1998, en Hendrick y Hendrick, 1986). También se ha encontrado que los estilos de amor se relacionan con las actitudes sexuales, específicamente con la permisividad sexual, la responsabilidad sexual, la sexualidad idealizada o comunión sexual, y la instrumentalidad sexual (Hendrick y Hendrick, 1986).

En México, se ha observado que los estilos de amor pragmático y erótico se asocian con un mayor número de parejas sexuales, con la falta de exclusividad sexual y con una orientación sociosexual no restringida o permisiva (es decir, con la capacidad de tener relaciones sexuales sin que haya compromiso e intimidad); el estilo de amor pragmático se relaciona de manera negativa con la edad del debut sexual; y por último el estilo de amor amistoso se vincula positivamente con la exclusividad sexual (García Rodríguez y Anaya González, 2004).

El concepto de orientación sociosexual o sociosexualidad fue acuñado por Simpson y Gangestad (1990, en Simpson y Gangestad, 1991), para proponer una dimensión que pudiera englobar diferencias individuales en sexualidad asociadas a características del vínculo interpersonal, a saber intimidad emocional y compromiso. La orientación sociosexual se define como el nivel de cercanía y compromiso (vínculos emocionales) que se requieren para involucrarse en relaciones sexuales, lo que genera una tendencia en el comportamiento sexual personal (Simpson y Gangestad, 1991).

En cuanto a los aspectos que pueden explicar las variaciones en la sociosexualidad de las personas, Simpson y Gangestad (1991) destacan la necesidad de

diversidad o novedad sexual, la capacidad o voluntad de acercarse psicológica y emocionalmente a la pareja, la necesidad de atraer y retener parejas deseables. Además postulan que la orientación sociosexual puede ser explicada también por el bagaje genético y por los factores ambientales. En cuanto al componente genético, la orientación sociosexual se asocia a variables de personalidad que poseen componentes heredados como la potencia social, la agresión, la absorción y la evitación al peligro. En relación a las influencias ambientales, el desarrollo y la expresión adulta de la sociosexualidad se asocia a experiencias anteriores, sobre todo a los estilos de apego y a las diferencias de género. Por un lado, se ha encontrado que las personas que no restringen su sexualidad tienden a tener un estilo de apego evitante. Por otro lado, Hendrick et al. (1985, en Simpson & Gangestad, 1991) indican que los hombres poseen actitudes más permisivas y muestran más conducta sexual no restringida al participar en relaciones sexuales con comprometidas, en comparación con las mujeres. No obstante, la variabilidad que se ha observado en la sociosexualidad dentro del grupo de los hombres y dentro del grupo las mujeres, excede por mucho la observada entre los sexos.

Los individuos con una sociosexualidad restringida —es decir, que requiere de vínculos emocionales fuertes— generalmente se involucran en relaciones de larga duración caracterizadas por lazos emocionales y mayor compromiso, mientras que aquellos no restringidos tienden a involucrarse en relaciones de corta duración con nexos afectivos más débiles y menos compromiso (Simpson y Gangestad, 1991). Simpson y Gangestad (1992) encuentran que los individuos que poseen una orientación sociosexual restringida prefieren y eligen personas que poseen atributos personales relacionados con la estabilidad y el compromiso (p. e. lealtad, compatibilidad, capacidad afectiva), mientras que aquellos con una orientación no restringida suelen darle más valor características que no necesariamente están vinculadas a la estabilidad y el compromiso (p. e. atractivo físico, carisma social, visibilidad social), y tienden a elegir a sus parejas con base en éstas. Se ha observado que individuos no restringidos salen con personas más atractivas y visibles socialmente, mientras que los restringidos salen con personas más responsables, confiables, leales y afectuosos (Simpson & Gangestad, 1991).

Empíricamente, Simpson y Gangestad (1991) han encontrado que aquellas personas con una orientación sociosexual no restringida tienden a tener sexo en etapas más tempranas de las relaciones, tener sexo con más de una pareja a la vez, a disfrutar más del sexo puramente físico, del sexo agresivo y de la pornografía, y a involucrarse en relaciones caracterizadas por

menos inversión, compromiso, amor y dependencia. Asimismo la sociosexualidad no se vincula a la frecuencia de actividad sexual en las personas que tienen vida sexual activa con su pareja (tanto en la modalidad de autoreporte como de reporte de la pareja); no obstante, si encuentran correlaciones entre la orientación sociosexual y la actividad sexual en aquellos individuos que no tienen vida sexual activa con su pareja, pero sí con otras personas. Por último, se ha observado que la sociosexualidad es relativamente independiente de la satisfacción sexual (Simpson & Gangestad, 1991).

Contrario a lo que postulan Simpson y Gangestad (1991), Ostovich y Sabini (2004) encuentran que la orientación sociosexual se relaciona de manera significativa con la frecuencia con la que hombres y mujeres tienen relaciones sexuales, independientemente de que estén o en una relación de pareja, pero particularmente en aquellos que sí están en una relación de pareja. Entre menor restricción sociosexual haya, se tendrá sexo más seguido, mientras que a mayor restricción sociosexual, menor será la frecuencia con la que se practiquen las relaciones sexuales.

El nexos entre orientación sociosexual y comportamiento sexual podría explicarse por el tipo de vínculos intrapersonales que se mantienen, ya que éstos crean un contexto que favorece cierto tipo de prácticas eróticas e inhibe otras. Por ejemplo, es más probable que la persona que suele vincularse a largo plazo, posponga el inicio de la actividad sexual con su compañero(a) -porque se tiene la expectativa de que la relación va a durar-, y tenga también menos parejas sexuales -porque ya tiene un compañero sexual disponible-. En cambio, los individuos sin restricciones, por el hecho de tener relaciones cortas y efímeras, buscan el sexo en la relación con más premura (porque si dejan pasar tiempo, la relación terminaría y perderían la posibilidad de tenerlo), al mismo tiempo que tienen más parejas sexuales por el constante intercambio de pareja.

Método

Participantes

Para la realización de esta investigación se contó con la colaboración de 209 adultos mexicanos residentes en el Distrito Federal, México, 37% hombres y 63% mujeres, entre 19 y 61 años de edad, con una edad media de 33.5 años. Respecto del estatus de pareja de los participantes, el 48% vivían con su pareja (ya sea en matrimonio o en unión libre), el 30% tenía una relación de noviazgo, el 11% tenía una pareja ocasional y el 11% no estaba involucrado con nadie. De aquellos que tenían una relación de pareja, ésta oscilaba entre 1 mes y 30 años de duración, con una media de 6.2 años. El 98% de los sujetos reportó ser heterosexual, el 1% homo-

sexual y el 1% bisexual. En cuanto a escolaridad, 13% tenía estudios de posgrado, 54 % de licenciatura, 15%, estudios técnicos, 11% preparatoria, 5% secundaria y 1% primaria. Para la conformación de la muestra, se utilizó un muestreo no probabilístico de tipo accidental.

Medidas

Indicador de Parejas Sexuales. Para conocer el número de parejas que se han tenido a lo largo de la vida, se utilizó una pregunta abierta: ¿Con cuántas personas diferentes ha tenido relaciones sexuales en toda su vida?

Inventario de Conducta Sexual (García Rodríguez, 2007). Está conformado por un total de 70 reactivos distribuidos en cinco dimensiones que explican el 49.5% de la varianza: Contacto sexual, Seducción, Autoerotismo, Contacto físico y Variantes sexuales; la confiabilidad total de la escala presenta un coeficiente α de Cronbach = .9599. Este inventario emplea una escala de respuesta de siete niveles que va desde nunca hasta más de una vez al día, para evaluar la frecuencia con la que la persona ha realizado una serie de conductas sexuales durante los últimos dos meses.

Escala de Motivación Sexual (García Rodríguez, 2007). Consta de un total de 67 reactivos distribuidos en dos subescalas: *la Subescala de Inhibición Sexual* formada por 37 reactivos que dan lugar a tres factores (Vinculación deficiente, Falta de deseo y Obstáculos) que explican el 41.87% de la varianza, y la *Subescala de Motivación Sexual* constituida por 30 reactivos que se agrupan en cinco factores (Expresión afectiva, Atracción interpersonal, Placer físico, Deseo sexual y Facilitadores) que explican el 19.07% de la varianza. En total los ocho factores que forman el instrumento explican el 60.94% de la varianza. La confiabilidad total de la escala presenta un coeficiente α de Cronbach = .9488. Este instrumento utiliza una escala de respuesta de cinco niveles que va desde nunca hasta siempre, para evaluar la frecuencia con la que la persona considera que su conducta sexual obedece a una serie de motivos e inhibidores sexuales.

Viñetas de Estilos de Apego (Bartholomew & Horowitz, 1991). Estas viñetas constan de cuatro afirmaciones que corresponden a cada uno de los estilos de apego: Seguro, Rechazante, Preocupado y Miedoso. Las viñetas fueron traducidas y retraducidas por Sánchez Aragón y Díaz Loving (2004), para lograr su adaptación y validez en la población mexicana. Dado que ningún sujeto muestra un único tipo de apego y la mayoría reporta una mezcla de tendencias a través del tiempo y sus relaciones (Bartholomew y Horowitz, 1991), las viñetas se presentaron con una escala de respuesta de siete niveles que iban desde “no me describe con exactitud” hasta “me describe con exactitud”.

Inventario de Estilos de Amor (Ojeda García, 1998). Este instrumento – en su versión corta- consta de 30 reactivos distribuidos en 6 factores: Amistoso, Agápico, Lúdico, Erótico, Pragmático y Maníaco; esta escala utiliza un formato de respuesta tipo Likert de cinco niveles que van desde 1 “totalmente en desacuerdo” hasta 5 “totalmente de acuerdo”. Este inventario está validado en población mexicana y tiene una adecuada confiabilidad total.

Inventario de Orientación Sociosexual (Simpson & Gangestad, 1991). Esta escala consta de siete reactivos que representan dos factores: Orientación sociosexual conductual y Orientación sociosexual actitudinal, que explican el 73.4% de la varianza total; la confiabilidad por consistencia interna del inventario completo, obtenida a través del alpha de Cronbach, fue de .53 (ver Tabla 6). El primer factor consta de preguntas abiertas (acerca del número de parejas sexuales pasadas y esperadas) y el segundo factor contiene afirmaciones que se responden con escala tipo Likert de nueve niveles desde “totalmente en desacuerdo” hasta “totalmente de acuerdo”. Al entrar en una ecuación, los reactivos que conforman este inventario proporcionan además un índice global de la orientación sociosexual del sujeto; los puntajes altos en esta escala indican la necesidad de menos cercanía y compromiso para acceder al sexo, mientras que los puntajes bajos indican una mayor necesidad de dichos vínculos previos al sexo.

Procedimiento

Los instrumentos descritos, junto con una ficha sociodemográfica, se aplicaron de manera individual y voluntaria a los participantes, garantizándoles el anonimato y la confidencialidad de sus respuestas. Debido a que el modelo propuesto cuenta con numerosas variables (22 factores) y en aras de evitar la multicolinealidad, antes de llevar a cabo los análisis que permitieron predecir el comportamiento sexual se procedió a reducir el número de factores predictores. Para esto se llevó a cabo un análisis factorial de segundo orden que arrojó once factores: 1) Orientación sociosexual (orientación sociosexual conductual, actitudinal e índice global); 2) Motivación sexual física (placer físico, atracción interpersonal, facilitadores y obstáculos); 3) Inhibición sexual (deseo sexual, falta de deseo sexual y vinculación deficiente); 4) Amor consumado (amor amistoso y erótico); 5) Apego inseguro (apego rechazante, miedoso y preocupado); 6) Motivación sexual afectiva; 7) Apego seguro; 8) Amor maníaco; 9) Amor lúdico; 10) Amor pragmático; y 11) Amor agápico.

² Los detalles sobre este análisis pueden consultarse en García Rodríguez, G. (2007) *Conducta sexual: un modelo psicosocial*. Tesis de doctorado en psicología social. Facultad de Psicología. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México.

Resultados

Para predecir cada una de las dimensiones de la conducta sexual –contacto físico, seducción, contacto sexual, autoerotismo, variantes sexuales y parejas sexuales- a partir de la variable psicológica de motivación sexual, y de las variables interpersonales de estilos de apego, estilos de amor y orientación sociosexual, se realizaron seis análisis de regresión múltiple (uno para cada componente de la conducta sexual) utilizando el método jerárquico. Adicionalmente se llevó a cabo un análisis de regresión –empleando también el método jerárquico- para predecir la conducta sexual global, dimensión que engloba los puntajes obtenidos en los cinco factores del Inventario de Conducta Sexual (García Rodríguez, 2007) (contacto físico, contacto sexual, autoerotismo, seducción y variantes sexuales). La elección del método jerárquico para los análisis de regresión, recae en que la literatura reporta que la motivación individual antecede a la conducta con mayor proximidad y fuerza que los aspectos interpersonales. En algunos modelos de sexualidad, los aspectos motivacionales personales actúan como los antecedentes funcionales más cercanos del comportamiento sexual, mientras que los factores interpersonales brindan el contexto o escenario social en el que este ocurre (Gagnon et al., 2001), por lo que su importancia es secundaria respecto a la primera. Para cada variable dependiente, en el primer paso del análisis se incluyeron las variables individuales motivación sexual física, motivación sexual emocional e inhibición sexual como predictores. Después en el segundo paso se incluían los once predictores en la ecuación de la regresión que se refieren a las motivaciones más las variables interpersonales de orientación sociosexual, amor consumado, amor agápico, amor pragmático, amor maníaco, amor lúdico, apego seguro y apego inseguro.

Predicción del contacto físico

Los resultados del primer paso, indican que la regresión fue significativa, es decir, que las variables individuales de motivación predicen de manera confiable el contacto físico ($F_{(3, 101)}=6.317, p=.001$), explicando 16% de la varianza (14% ajustado) del contacto físico. En el segundo paso, para las variables interpersonales el incremento en R^2 no fue significativo, $R^2=.269$, $F_{(8, 90)}=1.649, p>.05$. La correlación entre las variables independientes y el contacto físico sí fue significativa $R=.519$, $F_{(11, 101)}=3.013, p=.002$. En conjunto, las variables individuales e interpersonales incluidas explican el 27% (18% ajustado) de la varianza en el contacto físico. De manera más específica, la variables independientes de motivación sexual física ($\beta=.285$) y el amor consumado ($\beta=.265$), fueron las

que contribuyeron de manera significativa a la predicción del contacto físico. Las correlaciones encontradas indican que a mayor motivación sexual física ($r=.399, p<.001$) y a mayor amor consumado ($r=.285, p<.05$), mayor será el contacto físico. La contribución de la motivación sexual física fue más grande ($sr^2=.0453$) que la contribución del amor consumado ($sr^2=.0400$) para predecir el contacto físico. Por último, aunque el contacto físico correlacionó de manera significativa con la motivación sexual emocional ($r=.170, p<.05$), el amor maniaco ($r=-.162, p<.05$) y el apego inseguro ($r=-.181, p<.05$), su contribución como predictores en la regresión no fue significativa.

Predicción de la seducción

En el primer paso los resultados indican que la regresión fue significativa, es decir, que las variables individuales incluidas predicen de manera confiable la seducción ($F_{(3, 96)}=2.966, p=.036$), explicando el 9% de la varianza (6% ajustado) de la seducción. En el segundo paso las variables interpersonales no mostraron un incremento en R^2 significativo, $R^2=.194, F$ incremental $_{(8, 85)}=1.401, p>.05$. Con los once predictores incluidos en la ecuación de la regresión, la correlación

entre las variables independientes y la seducción sí fue significativa $R=.440, F_{(11, 96)}=1.856, p=.051$. En conjunto, las variables individuales e interpersonales incluidas explican el 19% (9% ajustado) de la varianza en la seducción. De manera más específica, las variables independientes de motivación sexual física ($\beta=.186$) y amor consumado ($\beta=.271$), fueron las que contribuyeron de manera significativa a la predicción de la seducción (Ver Figura 3). Las correlaciones encontradas indican que a mayor motivación sexual física ($r=.272, p<.05$) y amor consumado ($r=.214, p<.05$), mayor será la seducción. Cabe destacar que la contribución del amor consumado fue más grande ($sr^2=.0441$) que la contribución de la motivación sexual física ($sr^2=.0176$) para predecir la seducción. Finalmente, aunque el contacto físico correlacionó de manera significativa con la orientación sociosexual ($r=.213, p<.05$) y con el apego inseguro ($r=-.170, p<.05$), la contribución de éstos como predictores en la regresión no fue significativo.

Predicción del contacto sexual

Para el contacto sexual, en la figura 1 se muestran las variables que tuvieron una relación significativa con esta conducta.

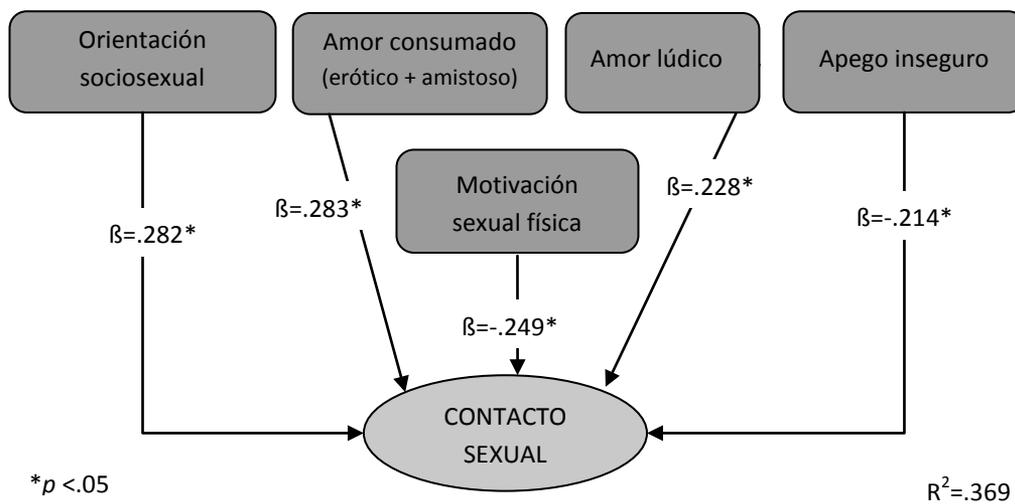


Figura 1. Regresión múltiple jerárquica de las variables individuales e interpersonales sobre el contacto sexual

Predicción del autoerotismo

Para el caso del autoerotismo, los resultados se

muestran en la figura 2.

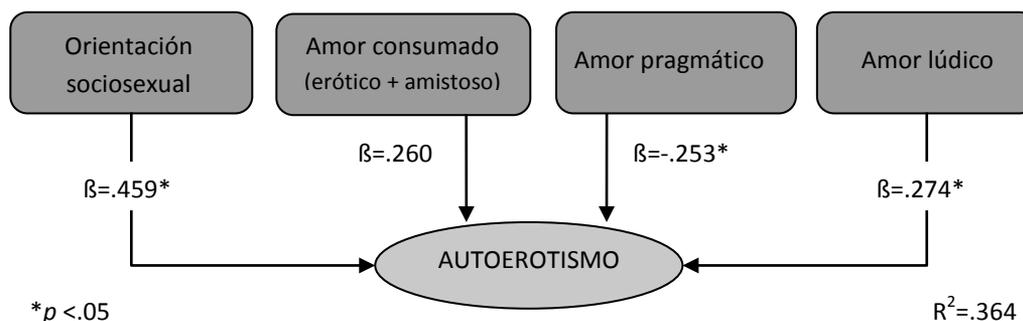


Figura 2.

Regresión múltiple jerárquica de las variables individuales e interpersonales sobre el autoerotismo

Predicción de las variantes sexuales

En el primer paso de este análisis, se incluyeron las variables individuales motivación sexual física, motivación sexual emocional e inhibición sexual como predictores del autoerotismo. Los resultados de este primer paso, indican que la regresión no fue significativa, es decir, que las variables individuales incluidas no predicen de manera confiable las variantes sexuales ($F(3, 103)=1.390, p>.05$), explicando 12% de la varianza (1% ajustado) de esta variable de manera no significativa. En el segundo paso de este análisis, se incluyeron las variables interpersonales de orientación sociosexual, amor consumado, amor agápico, amor pragmático, amor maniaco, amor lúdico, apego seguro y apego inseguro en la ecuación como predictores de las variantes sexuales; el incremento en R^2 no fue significativo cuando se añadieron estas variables, $R^2=.119, F_{incremental(8, 92)}=1.036, p>.05$, lo que indica que su contribución para explicar las variantes sexuales tampoco fue relevante.

Predicción de la conducta sexual global

Al aglutinar en una sola dimensión la actividad sexual, los resultados muestran de manera específica que la variable independiente de motivación sexual física ($\beta=.256$), orientación sociosexual ($\beta=.288$), amor consumado ($\beta=.285$) y amor lúdico ($\beta=.303$) fueron las que contribuyeron de manera significativa a la predicción de la conducta sexual global (Ver Figura 6). Las correlaciones encontradas indican que a mayor motivación sexual física ($r=.312, p<.05$), orientación sociosexual ($r=.331, p<.001$), amor consumado ($r=.239, p<.05$) y amor lúdico ($r=.222, p<.05$), mayor será la conducta sexual global. La contribución hecha por el amor lúdico ($sr^2=.0515$) fue más grande que la del amor consumado ($r^2=.0470$), la orientación sociosexual ($sr^2=.0400$) y la motivación sexual física ($sr^2=.0327$) para predecir la conducta sexual global. Por último, aunque la conducta sexual global correlacionó de manera significativa con el apego inseguro ($r=-.223, p<.05$), su contribución como predictores en la regresión no fue significativa (Figura 3).

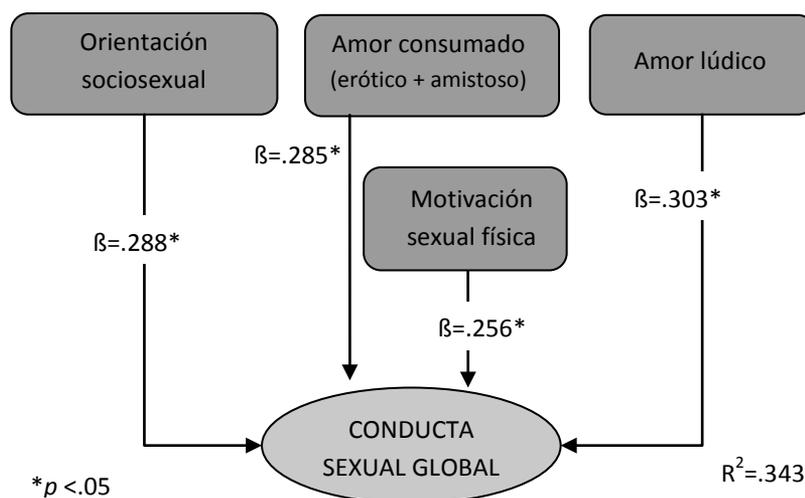


Figura 3.

Regresión múltiple jerárquica de las variables individuales e interpersonales sobre la conducta sexual global

Predicción de las parejas sexuales

En el primer paso de este análisis los resultados indican que la regresión fue significativa, es decir, que las variables individuales incluidas predicen de manera confiable el número de parejas sexuales a lo

largo de la vida ($F_{(3, 101)}=12.384, p=.000$), explicando 27% de la varianza (25% ajustado) de dicha variable. En el segundo paso de este análisis el incremento en R^2 fue significativo, $R^2=.515, F$ incremental $(8, 90)=7.627, p=.000$ (ver Figura 4).

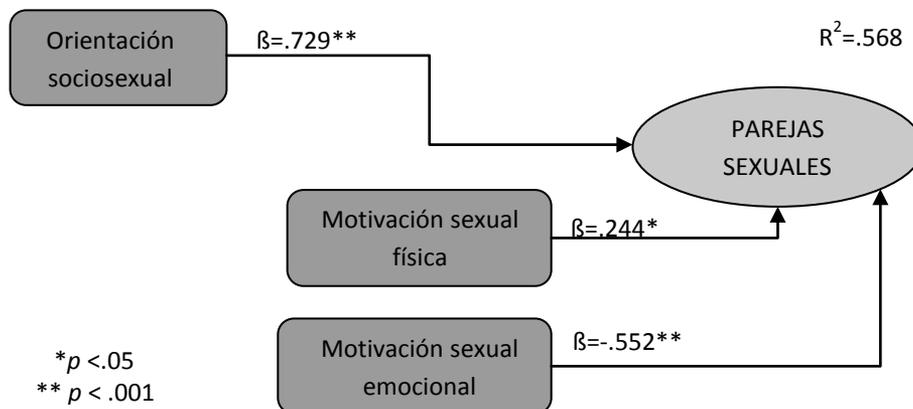


Figura 3. Regresión múltiple jerárquica de las variables individuales e interpersonales sobre las parejas sexuales

Discusión

El comportamiento sexual surge tanto de aspectos psicológicos que actúan como su precursor más cercano (McKinney & Feldman, 1992), como de factores interpersonales que brindan el escenario social en el que este ocurre (Gagnon, Giami, & Michaels., 2001; DeLameter & Sill, 2005; Laumann et al., 1994). Con la finalidad de predecir la conducta sexual de una muestra de hombres y mujeres adultos este trabajo incorporó la variable psicológica de motivación sexual y las variables relacionales de estilos de apego, estilos de amor y orientación sociosexual.

El contacto físico y la seducción son predichos por las mismas variables, a saber, el amor consumado y la motivación sexual física. Un estilo de amar que fusiona los aspectos amistosos (confianza, compañerismo, entendimiento, seguridad) y los eróticos (atracción física y consumación sexual), favorece el despliegue de conductas de contacto físico no genital (besos, abrazos, caricias, apapachos, tomarse de la mano) y de conductas encaminadas a la seducción (arreglarse para atraer, tratar de conquistar, mirar sugerentemente), dado que un estilo de amor de esta naturaleza brinda el contexto ideal para el acercamiento físico entre las personas, la atracción interpersonal y al conquista, como medios para un posible encuentro sexual pero también como fines en sí mismos. En el caso del estilo de amar erótico, éste predice el contacto físico y la seducción porque parte fundamental de su ideología, la cual –según Lee (1977)– se basa en la atracción, búsqueda y consumación sexual, lo que requiere el despliegue

de conductas encaminadas al cortejo y la conquista, así como conductas que permitan la proximidad física con el otro. Por otro lado, un estilo de amar sólido, duradero, en el que hay camaradería, entendimiento, compatibilidad y seguridad, es decir, un estilo amistoso de amar (Lee, 1977), puede generar un ambiente ideal para la seducción y el contacto físico, conductas que de hecho no implican genitalidad, resultando congruente con la ideología del amante amistoso en la que no se le otorga una importancia crucial a los aspectos sexuales del amor. Rosenzwaig (1994) indica que la seducción cumple con un propósito vincular y sexual, lo que también podría decirse del contacto físico ya que ambas conductas se dirigen hacia personas particulares, y potencialmente pueden generar vínculos y eventualmente provocar placer sexual.

En cuanto al segundo predictor, el que la atracción interpersonal y la búsqueda de placer físico actúen como motivos capaces de predecir el contacto sexual y la seducción, puede indicar que estos comportamiento sexuales son capaces de brindar placer sexual corporal, a pesar de que no incluyan la genitalidad, lo que denotaría su potencial erótico como una expresión más de la sexualidad. Parte importante del erotismo radica precisamente en el despliegue de caricias y tocamiento no genital (Barrios Martínez, 2005), así como la disposición a la seducción (Alberoni, 2006). El despliegue de conductas para seducir puede generarse a partir de la atracción que se siente hacia alguien por medio de la estimulación visual que genera su imagen (Money, cit. en Giraldo, 2002), lo que puede explicar el que en este estudio se haya encontrado que la motivación

sexual física prediga confiablemente el contacto físico y seducción, ya que su esencia está precisamente en la atracción interpersonal y en la búsqueda de placer.

La dimensión de *contacto sexual* fue la dimensión que logró ser predicha por un mayor número de variables dentro del modelo y por todos los pasos del análisis realizado, lo que demuestra la naturaleza multideterminada del comportamiento sexual (Abramson & Pinkerton, 1995; Giraldo, 2002). En primer lugar, un bajo nivel de miedo, rechazo y preocupación al vincularse con los demás (apego inseguro) es capaz de predecir las relaciones sexuales coitales y orales, el preludio sexual, las fantasías sexuales y la comunicación sobre aspectos sexuales, ya que estas conductas implican lo que Shaver y Mikulnicer (2006) llaman estrategias basadas en la seguridad –que se contextualizan en el terreno de las relaciones románticas, pero bien pueden enfocarse en el terreno del encuentro sexual-, tales como: una autopresentación balanceada, la valoración constructiva del otro y de la relación, la autodivulgación de manera responsiva, la calidez emocional, el cuidado del otro y la sensibilidad ante sus necesidades, el despliegue de emociones positivas hacia la pareja, la comunicación positiva, la resolución positiva del conflicto, la expresión constructiva de emociones negativas, la proclividad a implicarse en cosas nuevas y a participar en actividades excitantes. Estas estrategias resultarían deficientes en los estilos de apego no seguros, lo que en consecuencia dificultaría la interacción de pareja en general y el contacto sexual en particular. Cabe destacar que el contacto sexual es el único comportamiento sexual que pudo ser predicho por la variable de apego, en este caso el inseguro (que engloba al miedoso, preocupado y rechazante). La inseguridad al vincularse puede obstaculizar la frecuencia con la que las personas tienen contacto sexual con alguien, ya que el involucramiento sexual conlleva un nivel considerable de seguridad y confianza (tanto en la propia persona como en los demás) y una disposición a la exploración y la proximidad, pues a través del encuentro sexual se exponen algunos de los aspectos más íntimos o privados de los individuos, lo cual puede suscitar una sensación de fragilidad o vulnerabilidad. Consistente con lo aquí encontrado, Hazan y Shaver (1987, en Conrad & Milburne, 2002) indican que las personas que presentan un apego caracterizado por el miedo y la desconfianza tienden a evitar las relaciones sexuales, mientras que Diamond y Marrone (2003) señalan que las personas evitantes tienden a evitar la intimidad sexual y emocional. Cooper et al. (2006) explican –con base en sus hallazgos- que el efecto de los estilos de apego sobre el comportamiento sexual emerge de la ansiedad y la evitación, pero no de la seguridad, lo que coincide con lo aquí encontrado: el

apego inseguro (mezcla de ansiedad o preocupación, evitación o rechazo, y miedo) predice de manera confiable al contacto sexual.

En cuanto a los estilos de amor como predictores del contacto sexual, puede decirse que la fusión pasional-amistosa como forma de demostrar el amor a la pareja (amor consumado), favorece de manera idónea el contacto sexual, ya que brinda el escenario ideal –según los estándares culturales occidentales contemporáneos- para el encuentro erótico. Por su parte, el amor lúdico –es decir, el experimentar el amor como un juego con baja intimidación y compromiso que se comparte con varias personas- podría favorecer el contacto sexual por dos vías: una por el componente de juego, diversión y ligereza que conlleva, el cual puede encontrar su manifestación perfecta en el terreno del encuentro erótico; y otra porque podría hacer que la persona lúdica tuviera múltiples parejas de manera simultánea y por tanto más oportunidad de tener relaciones sexuales. Tanto en el amor consumado como en el lúdico, tiene gran importancia el componente erótico (Lee, 1977), por lo que la consumación sexual es un producto esperado en ambas formas de amar. Tal como argumenta Giraldo (2002), cuando existe un vínculo emocional entre dos personas, existe también un potencial para la expresión sexual.

El que tanto el amor como el apego sean buenos predictores del comportamiento sexual, también podría entenderse si se les ve como elementos necesarios o al menos deseables para la procreación y la crianza, ya que favorecen la unión de dos personas en pareja y su permanencia como unidad parental para que su descendencia pueda ser viable. Sobre esto, (Rossi, 1994) explica que el enamoramiento brindaría la euforia, la excitación y la energía necesarias para el sexo y la reproducción, mientras que el apego favorecería la sensación de seguridad, estabilidad, calma y paz necesarias para la provisión de alimento y protección de los hijos hasta que alcancen la madurez. La sociosexualidad abierta y con pocas restricciones, actúa también como detonador del contacto sexual pues propicia que la persona se implique en actividades sexuales independientemente de la carga emocional de la relación, lo cual resulta congruente con los postulados de Simpson y Gangestad (1991). Por último, la motivación sexual física promueve un mayor contacto sexual dado que a través del juego erótico previo al sexo, la estimulación genital, el coito, el sexo oral y las fantasías sexuales, se manifiesta la atracción que se siente hacia alguien y se obtiene gratificación sexual de manera directa. Como se ha mencionado con anterioridad, varios autores sitúan a la motivación sexual como el precursor más directo del comportamiento sexual (McKinlay & Feldman, 1992), lo que queda comprobado empíricamente a través de los datos arrojados por este estudio.

El *autoerotismo* como forma de ejercer la sexualidad en un contexto principalmente individual, se ve favorecido por los estilos de amor pragmático, lúdico y consumado, y por una sociosexualidad abierta y poco restringida. En cuanto al papel del amor, resulta congruente que si la persona tiende a buscar el propio beneficio en el amor, lo toma como un juego superficial y le da gran importancia a los aspectos eróticos y pasionales, entonces el autoerotismo sea la conducta sexual más viable, dado que no le demanda inversión en una relación en la que pueda tener acceso a contacto sexual. La parte amistosa de amar (por ser parte del amor consumado) también juega un papel importante en la predicción del autoerotismo, lo que se entiende dado que la persona que expresa su amor así, tiende a darle poca importancia a la satisfacción sexual (Lee, 1977), enfatizando los aspectos no pasionales de la unión, el compañerismo y la seguridad; de esta manera, es más probable que el sostener una ideología amistosa al amar, conduzca a la persona a resolver sus necesidades sexuales por la vía autoerótica y no dentro de su relación de pareja. Respecto al papel de la sociosexualidad, el tener una actitud permisiva y no restringida hacia la sexualidad favorece también la práctica del autoerotismo, pues una persona abierta respecto de su sexualidad también sería más proclive a practicar el autoerotismo. Este resultado corrobora la validez predictiva de la sociosexualidad, no solo en el terreno de la conducta sexual diádica, las parejas sexuales y el tipo de relaciones que se establecen -como lo han demostrado Simpson y Gangestad (1991)-, si no también en el terreno del erotismo personal o individual. Es de resaltar que incluso conductas de naturaleza individual, tales como la masturbación, los sueños eróticos, el uso de pornografía, sean también predichas por variables de naturaleza relacional y afectiva, como los estilos de amar y la sociosexualidad, lo que resalta el carácter interpersonal o social del comportamiento sexual (Peña Sánchez, 1993), así como su potencial para comunicar algo (a la propia persona y a los demás), incluso cuando su expresión no se ocurra en un escenario relacional como en el caso del autoerotismo. Esto puede entenderse atendiendo a la capacidad que tiene el ser humano para simbolizar su mundo en general, y su comportamiento en particular (Ford & Beach, 1980), lo que de hecho hace posible que la persona sea capaz de trasladar a ciertas personas (reales o imaginarias) y la carga emocional del vínculo que tiene con ellas, hacia sus prácticas autoeróticas, mediante el uso de la fantasía y la imaginación.

En cuanto al último componente del patrón de conducta sexual: el *número de parejas sexuales*, puede afirmarse que entre más apertura y menos restricción se tenga hacia la sexualidad serán más las parejas

sexuales que se acumulen a lo largo de la vida, dado que precisamente el número de parejas sexuales tiene que ver con el grado de permisividad personal y con el nivel de intimidad y compromiso que la persona necesita para acceder al sexo. Lo aquí encontrado corrobora la validez predicativa que posee la variable de la sociosexualidad, ya que una orientación sociosexual alta o abierta predice de manera confiable una mayor diversidad de compañeros(as) sexuales, que podrían tenerse de manera serial o simultánea, dentro de una relación estable o casual. Simpson y Gangestad (1991) han encontrado que los individuos con bajas restricciones sexuales, tienden a tener más parejas sexuales, probablemente porque tienden a involucrarse en relaciones efímeras que las hacen cambiar de pareja sexual constantemente. El número de parejas sexuales puede también servir para reforzar la validez convergente de la sociosexualidad, pues mantienen una fuerte y positiva asociación.

Sobre la última dimensión del comportamiento sexual: el *número de parejas sexuales*, puede afirmarse que entre más apertura y menos restricción se tenga hacia la sexualidad serán más las parejas sexuales que se acumulen a lo largo de la vida, dado que precisamente el número de parejas sexuales tiene que ver con el grado de permisividad personal y con el nivel de intimidad y compromiso que la persona necesita para acceder al sexo. Lo aquí encontrado corrobora la validez predictiva que posee la variable de la sociosexualidad, ya que una orientación sociosexual alta o abierta predice de manera confiable una mayor diversidad de compañeros(as) sexuales, que podrían tenerse de manera serial o simultánea, dentro de una relación estable o casual. Simpson y Gangestad (1991) han encontrado que los individuos con bajas restricciones sexuales, tienden a tener más parejas sexuales, probablemente porque tienden a involucrarse en más relaciones (probablemente efímeras) que las hacen cambiar de pareja sexual constantemente. El número de parejas sexuales puede también servir para reforzar la validez convergente de la sociosexualidad, pues mantienen una fuerte y positiva asociación.

Respecto a los motivos sexuales, entre menos busque una persona la comunicación de sus emociones y afectos al expresar su sexualidad (motivación sexual emocional) y más busque el placer físico y la consumación de su atracción (motivación sexual física), tenderá a tener un mayor número de parejas sexuales. Dado que generalmente son pocas las personas con quienes se tiene una relación amorosa significativa a lo largo de la vida, la motivación sexual emocional llevaría a la persona a restringir sus encuentros sexuales al contexto de dichas relaciones íntimas y estables, y por tanto a unos pocos individuos. Mientras tanto, la

motivación sexual física haría posible que la persona tuviera relaciones sexuales con un mayor número de personas y, por tanto, dentro de relaciones menos íntimas y estables, ya que la atracción interpersonal y la búsqueda de goce corporal bastarían como alicientes suficientes. En otras palabras, si el sexo se ve como una forma de comunicar emociones y afectos, estará limitado a las pocas personas a las que se quiere y/o con las que se tiene una relación de pareja, mientras que si el sexo se ve como una forma de obtener placer físico, aumentarán las posibilidades de que se tenga con más personas, sin importar si se les quiere o no, y si se tiene o no una relación con ellas. Por último, cabe resaltar que el número de parejas sexuales, solamente se predice a partir de la motivación sexual (física y emocional) y la sociosexualidad, lo que deja a las variables de amor y apego sin una función relevante; esto puede señalar que la búsqueda y experimentación en el continuo de exclusividad-diversidad de compañeros(as) sexuales obedece más a la propia motivación y apertura sexuales, que a aspectos de vinculación relacional como el apego y el amor; en este sentido parecería que el número de parejas sexuales está determinado por aspectos más instrumentales que por aspectos concernientes al mundo de la expresividad y los vínculos amorosos.

En suma, los hallazgos de esta investigación señalan que la motivación sexual física –orientada a la búsqueda de placer- y el estilo de amor consumado –mezcla de pasión y amistad- son las variables que tienen la mayor influencia o poder regulador sobre la conducta sexual, ya que predicen de manera confiable la frecuencia con la que la persona tiene contacto físico (no genital) con alguien, despliega conductas para seducir y tiene contacto sexual con alguien; adicionalmente, la motivación sexual física predice también el número de parejas sexuales que una persona ha tenido. Como tercer variable más importante, aparece la orientación sociosexual –grado de restricción o permisividad de la persona basada en el tono emocional del vínculo-, la cual logra predecir de manera confiable el contacto sexual, el autoerotismo y el número de parejas sexuales. Siguiendo en orden de relevancia, el estilo de amor lúdico –que ve a la relación como un juego para compartirse con varias personas- predice el contacto sexual y el autoerotismo; el estilo de amor pragmático –que ve a la relación de pareja como un medio práctico para cumplir sus necesidades- únicamente predice el autoerotismo; la motivación sexual emocional –orientada a la expresión de cercanía, intimidad y afecto, sólo predice el número de parejas sexuales; y el apego inseguro –una mezcla de apego miedoso, preocupado y rechazante- únicamente predice el contacto sexual.

El que el modelo psicosocial de la conducta sexual aquí propuesto, sea capaz de predecir la frecuencia con

la que las personas se implican en diversas actividades sexuales, así como el número de parejas sexuales que han tenido a lo largo de su vida, corrobora la pertinencia de la inclusión de variables de corte interpersonal e individual en el estudio de la sexualidad humana, dada su naturaleza multidimensional. Los datos aquí recabados permiten demostrar que la diversidad de motivos sexuales subyacen y pueden explicar la variabilidad del comportamiento sexual (Browning et al., 2000), de la misma manera que las formas de interacción afectiva (como las aquí contempladas) y la organización social, tienen el poder de regular las prácticas sexuales (Peña Sánchez, 2003) y, por tanto, explicarlo.

Referencia

- Abramson, R. P. & Pinkerton, D. S. (eds.) (1995) *Sexual nature, sexual culture*. USA: The University of Chicago Press.
- Alberoni, F. (2005). *Sexo y Amor*. Barcelona, España: Gedisa.
- Álvarez Gayou J. L. (1986). *Sexoterapia Integral*. México: Manual Moderno.
- Aron, A., Fisher, H. & Strong, G. (2006) Romantic love. En Vangelisti, A. & Perlman, D. (eds.) (2006) *The Cambridge Handbook of Personal Relationships*. Cambridge University Press: USA. Chapter 32, 595-614
- Asensio, C. F. (Ed.) (2000). *La vida Sexual*. Barcelona, España: Könnemann.
- Barrios Martínez, D. (2005) *En las alas del placer. ¿Cómo aumentar nuestro goce sexual?* Ciudad de México: Pax México.
- Bartholomew, K. & Horowitz, L. M. (1991) Attachment styles among young adults: A test for a four category model. *Journal of Personality and Social Psychology*, 61, 226-244.
- Bogaert, A., & Sadava, S. (2002). Adult attachment and sexual behavior. *Personal Relationships*, 9, 191-204.
- Browning, J. R., Hatfield, E., Kessler, D. & Levine, T. (2000) Sexual motives, gender and sexual behavior. *Archives of sexual Behavior*, 29(2), 135-153.
- Byers, S. (2005). Relationship satisfaction: a longitudinal study of individuals in long-term relationships. *The Journal of Sex Research*, 42(2), 113-118.
- Chritchlow, B. (1989). Reasons for having and avoiding sex. Gender, sexual orientation, and relationship to sexual behavior. *The Journal of Sex Research*, 26(2), 199-209.
- Conrad, S., & Milburn, M. (2002). *Inteligencia Sexual*. Barcelona, España: Planeta Divulgación.
- Cooper, M. L, Pioli, M., Levitt, A., Talley, A. E., Michael, L., & Collins, N. L. (2006). Attachment Styles, Sex Motives, and Sexual Behavior. En Mikulincer, M., & Goodman G. S. (2006). *Dynamics of Romantic Love. Attachment, Caregiving, and Sex*. New York, USA: The Guilford Press. Chapter 10. 243-274.
- DeLameter, J., & Sill, M. (2005). Sexual desire in later life. *The Journal of Sex Research*, 42(2), 138-149.
- Diamond, N., & Marrone, M. (2003). *Attachment and Intersubjectivity*. London, UK: Whurr Publishers.
- Fisher, H. (1992) *Anatomy of love: The natural history of monogamy, adultery, and divorce*. New York: Norton.
- Fisher, H. (2004). *Por qué amamos*. México: Taurus.
- Frey, K., & Hojjat, M. (1998). Are love styles related to sexual styles?. *The Journal of Sex Research*, 35(2), 265-271.
- Gagnon, J. H. Giami, A., & Michaels, S. (2001). A comparative study of the couple in the social organization of sexuality in France and de Unites States. *The Journal of Sex Research*, 38(1), 24-34.

- García, R. G. (2007). Conducta sexual: un modelo psicosocial. Tesis de doctorado en psicología social. Facultad de Psicología. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México.
- García, R. G. y Anaya, G. C. (2004). *Afectos y emociones implicados en la conducta sexual*. Trabajo presentado en el XXXI Congreso Nacional del Consejo Nacional para la Educación y Enseñanza en Psicología (CNEIP). Mazatlán, México.
- Gillath, O., Mikulincer, M., Birnbaum, G. E. & Shaver, P. R. (2008) When sex primes love: Subliminal sexual priming motivates relationship goal pursuit. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 34, 1057-1069. En <http://psp.sagepub.com/content/34/8/1057.abstract/34/8/1057>. Accesado el 26 de agosto de 2010.
- Gillath, O. & Schachner, D. A. (2006) Sex and love: Goals, motives, and strategies. How do sexuality and attachment interact? En Mikulincer, M. & Goldman (eds.) (2006) *Dynamics of romantic love: attachment, caregiving and sex*. 337-355. New York: Guilford.
- Giraldo, O. (2002). *Nuestras Sexualidades*. Litocencia, Cali: Colombia
- González Núñez, J. (Comp.) (1998). *Expresiones de la sexualidad masculina: Normalidad y patología*. México: Instituto de Investigación en Psicología Clínica y Social (IIPCS).
- Hazan, C., & Shaver, P. R. (1987) Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, 511-524.
- Hendrick, C., & Hendrick, S. (1986). A theory and method of love. *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, 392-402.
- Hendrick, C., & Hendrick, S. (1998). The Relationship Assessment Scale. *Journal of Social and Personal Relationships*, 15(1), 137-142.
- Hill, C., & Preston, L. (1996). Individual differences in the experience of sexual motivation: Theory and Measurement of dispositional sexual motives. *The Journal of Sex Research*, 33(1), 27-45.
- Jackson, S. (1978) The social context of rape : Sexual scripts and motivation. En Jackson, S. (1999). *Heterosexuality in question*. London: Sage. Chapter 3, 43-56.
- Laumann, E., Gagnon, J., Michael, R., & Michaels, S. (1994). The Social Organization of Sexuality. En Davidson, J. K., & Moore, N. B. (Eds.) (2005). *Speaking of Sexuality*. Los Angeles, Cal. EUA: Roxbury Publishing Company. Chapter 4. 29-39.
- Lee, J. (1977). A typology of styles of loving. *Personality of social psychology*, 3, 173-182.
- Levine, S. B. (2002). Reexploring the concept of sexual desire. *Journal of sex and Marital Therapy*, 28, 39-51.
- McKinney, J. B. & Feldman, H. A. (1992) Age-related variation in sexual activity and interest in normal men: results from the Massachusetts Male Aging Study. En Rossi, A. S. (ed.) (1994) *Sexuality across the Life Course*. New York, NY: The University of Chicago Press: USA. 261-285.
- Montagu, A. (1970) *A scientist looks at love*. USA: Phi Delta Kappan.
- Navarro, A., Carrasco, G., Sánchez, G. y Torrico, L. (2004). Comportamientos y actitudes sexuales en adolescentes y jóvenes. *Archivos hispanoamericanos de sexología*, X(2), 167-182.
- Ojeda García, A. (1998). *La Pareja: amor y apego*. Tesis de Maestría de Psicología Social. Facultad de Psicología. México: UNAM.
- Ostovic, J. M. & Sabini, J. (2004) How are sociosexuality, sex drive, and lifetime number of sexual partners related? *Personality and Social Psychology Bulletin*, 30, 1255-1266.
- Peña Sánchez, E. (2003) Los entornos y las sexualidades de las personas con discapacidad. México. EDUFAM, CONACULTA, INAH.
- Reeve, J. (1994). *Motivación y emoción*. México: McGraw Hill.
- Regan, P. (1998). Romantic love and Sexual Desire. En Munk, V. C. (Ed.) *Romantic Love and Sexual Behavior. Perspectives from de Social Sciences*. USA: Praeger Publishers. The Psychology of love and Sexual Desire. Chapter 4. 103-112.
- Regan, P. (2000). Love Relationships. En Szuchman, L., & Muscarella, F. (2000) *Psychological perspectives on human sexuality*. USA. : John Wiley & Sons, Inc.
- Rosenzwaig, R. (1994). *La pareja al desnudo*. Hermes: México.
- Rossi, A. S. (ed.) (1994). *Sexuality across the Life Course*. New York, NY: The University of Chicago Press: USA. Chapter 1. 3-36.
- Rubin, Z. (1970) Measurement of romantic love. *Journal of Personality and Social Psychology*, 16, 265-273.
- Sánchez Aragón, R. y Díaz Loving, R. (2004). *Psicología del amor: Una visión integral de la relación de pareja*. Facultad de Psicología y Miguel Ángel Porrúa: México.
- Shaver, P. & Mikulincer, M. (2006) Attachment theory, individual psychodynamics, and relationship functioning. En Vangelisti, A. & Perlman, D. (eds.) (2006) *The Cambridge Handbook of Personal Relationships*. Chapter 14, 231-250.
- Simpson, J., & Gangestad, S. (1991). Individual differences in sociosexuality: evidence of convergent and discriminant validity. *Journal of Personality and Social Psychology*, 60(6), 870-882.
- Simpson, J., & Gangestad, S. (1992) Sociosexuality and romantic partner choice. *Journal of Personality*, 60, 31-51.
- Sprecher, S., Christopher, F. & Cate, R. (2006) Sexuality in close relationships. En Vangelisti, A. & Perlman, D. (eds.) (2006) *The Cambridge Handbook of Personal Relationships*. Cambridge University Press: USA. Chapter 25, 463-482.
- Tzeng, O. (Ed.) (1992). Theories of love development, maintenance and dissolution. *Octagonal cycle and differential perspectives*. USA: Praeger.
- Weeks, J. (2003). *Sexuality*. Routledge: Great Britain.
- Weeks, J. (2000). Los valores sexuales en los tiempos del SIDA. En Szasz, I. y Lerner, S. (Comps.) (1998). *Sexualidades en México. Algunas aproximaciones desde la perspectiva de las ciencias sociales*. México: El Colegio de México.
- Weis, D. (1998). Conclusion: The state of sexual theory. *The Journal of Sex Research*, 35(1), 1-9.

Received 30/09/2010
Accepted 30/01/2011

Georgina García Rodríguez. Unidad de Investigaciones Psicosociales, Universidad Nacional Autónoma de México
Rolando Díaz Loving. Unidad de Investigaciones Psicosociales, Universidad Nacional Autónoma de México